

## ¿EL PASADO DE UNA ILUSIÓN O LA ILUSIÓN DE UN PASADO?

FLORENCIO HUBEŇÁK\*

El fondo de Cultura Económica acaba de editar —con bastante publicidad— un ensayo debido a la pluma y al ingenio del investigador e historiador francés François Furet, especializado en la Revolución Francesa, que esta vez analiza la idea comunista en el siglo XX.

Probablemente uno de los aportes más importantes de la obra es la cantidad de reflexiones que motiva y —en esta época intelectualmente *light*— ello sólo justificaría con creces su publicación.

El propio autor afirma que “ciento veintiocho años después de la Revolución Francesa, los bolcheviques retomaron su proyecto liberador para llevarlo más adelante: libres de las limitaciones burguesas en la que se encerraron sin saberlo los hombres de 1789, ellos se lanzan a la emancipación del proletariado y, en consecuencia, de la humanidad” (pág. 307). Estudiarla como otra Revolución —encabezada por una nación de vanguardia— es el argumento del libro de Furet.

Ya en el prólogo el autor afirma que el “universo comunista” se deshizo por sí solo en un momento en que ni

\* Doctor en Historia. Coautor del *Manual de la Cultura Occidental*. Autor de numerosos ensayos académicos. Colaborador de varias publicaciones nacionales y extranjeras.

quiera los enemigos más tenaces del socialismo lo imaginaban. Ello nos lleva a replantear, en estos tiempos todavía contaminados por el determinismo histórico, la descuidada importancia del azar en la historia, tema que ya citáramos en otra reseña sobre la obra del también determinista —y ya casi olvidado— Fukuyama. O acaso —como diría el célebre Aristocles, más recordado por su apodo de Platón— llamamos “azar” a aquello que no podemos explicar racionalmente.

Un estudio cuidadoso de la “caída” del comunismo requeriría en primer lugar precisar claramente de qué se está hablando, ya que el autor —como la inmensa mayoría de los lectores— se refiere indiferencialmente al comunismo, al marxismo-leninismo y al sistema y/o al régimen soviético en el riesgo de arribar a conclusiones falsas por partir de premisas genéricas o equivocadas. A manera de ejemplo de estos riesgos generalizadores vemos cómo el autor se defiende al expresar que no le parece apropiado el término “revolución comunista”, pero se justificaba al no encontrar otro, aunque luego encauce su análisis acontecimental en la corriente evolucionista de la Revolución Francesa.

De similar manera un estudio de la complejidad del que pretende abarcar Furet requeriría analizar el proceso completo (formación, consolidación y caída); no fuese éste el caso porque aunque en la obra se expresa que la primera edición francesa es de 1995, el análisis se detiene en los primeros tiempos de Gorbachov y por ello —muy lamentablemente— no abarca todo el proceso, quizás porque el autor estaba interesado en anticipar las conclusiones que ya tenía en mente. Así se transfiere —exageradamente— el período Kruschov al de Gorbachov, en una —al menos— arriesgada identificación.

También es sumamente atrevida su afirmación taxativa (parece su estilo) —ya en el prólogo— que “entre los escombros de la Unión Soviética no aparecen ni dirigentes dispuestos al relevo, ni verdaderos partidos, ni nueva sociedad, ni nueva economía. Sólo se puede ver a una humanidad atomizada y uniforme, a tal punto que resulta demasiado claro que las clases sociales han desaparecido, incluso el campesinado, al menos en la U.R.S.S. fue destruido por el

Estado" (pág. 10). Esta definición nos demuestra que el especialista en "revolución francesa" no conoce con igual profundidad la historia de Rusia, donde siempre fue así, y donde —desaparecido el corsé soviético— volvió a repetirse la realidad rusa. Hoy sólo falta un nuevo Zar. Y estamos seguros que aparecerá. Y fue esta realidad la que impidió la realización de la utopía del hombre nuevo que tan cuidadosa y detalladamente analizara Michel Heller en *El hombre nuevo soviético. De la utopía a la realidad* (Bs. As., Sudamericana-Planeta. Ver nuestra reseña de *Ideas e Imágenes* N° 340 [*La Nueva Provincia*] del 5-II-1987). Por otra parte, no es cierto que no hay dirigentes de recambio; ello es desconocer la dinámica política de cualquier sociedad, incluso la francesa, donde tampoco parecía haberlos en visperas de la Revolución.

El autor advierte en el prólogo que estudia la "caída" de esa ilusión sin hacer una historia de comunismo ni de la Unión Soviética, lo que, por otra parte, resulta evidente y nos plantea el interrogante sobre la posibilidad de una historia de la "idea" o "mentalidad" o "clima" (véanse las sugerentes apreciaciones de Michel Vovelle en *Ideología y mentalidades*. Barcelona, Ariel, 1985) sin conocer detalladamente la historia.

Furet caracteriza la experiencia soviética como una ilusión; nos parece más acertado considerarla una utopía. En este aspecto la U.R.S.S. es un claro ejemplo que desvirtúa la creencia tradicional de que las utopías son ideales irrealizables. El comunismo ruso —como el chino o el camboyano— han demostrado que si se cuenta con los medios (la fuerza suficiente) la utopía puede realizarse, claro que a un costo increíble. También nos muestra que en el fondo toda utopía tiene un final que es el choque con la realidad, la que termina imponiéndose, en un plazo imposible de prever. La caída del comunismo —a nuestro entender— debe explicarse en ese contexto. Para estas ideas sugerimos nuestro *Utopía: El espejismo de la Ciudad perfecta*, en *Ideas e Imágenes*, N° 419 (*La Nueva Provincia*) del 11 de agosto de 1988.

El autor concluye acertadamente que "la idea comunista vivió más tiempo en el espíritu de la gente que en los

hechos: más tiempo en el oeste que en el este de Europa. Así su recorrido imaginario es más misterioso que su historia real” (pág. 13). A su vez, se nota en él la influencia del “imaginario colectivo” de la actual historiografía francesa contemporánea, pues es ese el enfoque con que lleva adelante su análisis. Creemos que en esta interesante línea de análisis todavía queda mucho por decir, fundamentalmente desde la perspectiva rusa (no francesa).

Asimismo Furet no vacila en calificar al comunismo como un mito político o una idea social y también una esperanza —como el fascismo, su gran competidor de las décadas del '30 y '40 (y las únicas ideologías de la historia [sic] que, según él, triunfaron por la coyuntura [sic]), aunque no sepamos explicar el encanto (universal) que las hizo arraigar. Esta indefinición terminológica que se agrega a nuestras observaciones precedentes en cuanto a cuál es verdaderamente la temática de su estudio resulta, al menos, preocupante.

El autor parte del supuesto que el liberalismo fracasó en su intento de instaurar y democratizar la idea revolucionaria y ello permitió que otros (sus adversarios) se apropiasen de ella. Tal el caso del comunismo en Rusia (y especialmente fuera de ella). La lucha esquizofrénica del liberalismo democrático consigo mismo (buen ciudadano y mal burgués o a la inversa) produjo hijos que detestaron y auto-destruyeron al sistema o al régimen que les daba de comer. Ideas similares, brillantemente expuestas, hemos encontrado anteriormente en una serie de autores entre quienes se destaca Jean F. Revel (*Cómo terminan las democracias*. Bs. As., Sudamericana-Planeta, 1983). A ello —según Furet— ayudaron, en el transcurso de la historia mental de Occidente, pasiones como el odio a la burguesía, convertida en el “chivo expiatorio” de todos los males.

En el análisis dedicado a los tiempos de la Primera Guerra Mundial, Furet considera que en 1914 la nación derrocó a la clase pero en 1917 la clase se impuso sobre la nación. Nos parece más exacta la tesis que ésta significó el final de la *real-politik* y el comienzo de los nuevos ideales — y mitos de post-guerra (más allá del interesante clásico de Cassirer [*El mito del Estado*, México, F.C.E., 1947 —hay

ediciones posteriores—] véase el interesante panorama que proporciona André Reszler en *Mitos políticos modernos*. México, F.C.E., 1984). El debilitamiento y las interpretaciones parcializadas e interesadas de la idea del bien común favorecieron el surgimiento mítico de conceptos de fraternidad y luego de bienestar, y “los pueblos europeos que sobrevivieron a los horrores de la guerra entraron en el siglo XX con la tentación de rehacerse un porvenir; quisieron reinventar su mundo político con base en las dos grandes figuras de la cultura democrática: lo universal y lo nacional. Con esas religiones, complementarias y antagónicas, prepararán una catástrofe” (pág. 45). Wilson y Lenin, a quienes acertadamente denomina Barraclough los “profetas del nuevo orden internacional”, fueron sus artífices. Una vez más reaparece el mito de la revolución mundial.

Furet comparte el criterio generalizado en las últimas décadas de comparar fascismo y comunismo, alegando que nacieron de los mismos odios antiburgueses y se necesitaron mutuamente, a la manera del análisis marcusiano en *Sociedad y Cultura* sobre la “imprescindibilidad del enemigo”. Muchos otros historiadores —quizás más vinculados a la historia de las ideas— sostienen, en cambio, con buena argumentación, que el comunismo es el desarrollo lógico y obligado del pensamiento liberal.

Al interrogarse sobre las razones de la victoria ideológica del marxismo-leninismo sobre los “fascismos”, el autor lo fundamenta argumentando que la exposición marxista del mito permanente de la ansiada igualdad abarcaba a todos los hombres y no sólo a una nación o a una raza. Parece que un historiador tan experimentado como Furet olvida o desmerece el papel realista que le cupo a las armas y tropas norteamericanas. Ello no obsta a que coincidamos en su sorpresa ante el triunfo del marxismo (sobre la democracia liberal), pese a tantas opciones originales, desde todos los lados, incluyendo la izquierda.

Para el estudio del período siguiente (entre-guerras) Furet se basa en poco conocidos escritos de algunos pensadores como Xavier Léon o Elie Halévy —la última generación positivista de la época de la Primera Guerra Mundial—, que fueran testigos externos del “nacionalismo”.

En uno de los capítulos mejor logrados —de acuerdo con su objetivo— que llama acertadamente *El embrujo universal de octubre* y que analiza según la “moda” francesa del imaginario colectivo, retoma el poder de la “idea revolucionaria”, ahora en manos bolchevique-jacobinas, como relevo de los héroes franceses del s. XVIII. Se trata del culto a la voluntad, pasado por el filtro del populismo ruso y avalado por la ciencia occidental (*Das Kapital*). Precisamente nos parece remarcable su referencia casi oculta al populismo ruso, cuyo análisis cuidadoso le mostraría claramente que el marxismo-leninismo no es un fenómeno europeo (alemán) sino que está profundamente arraigado en las raíces rusas. De allí su victoria, hasta que las abandonó, adquiriendo todos los defectos del que Solzhenitsin denominó “corrompido Occidente”.

Furet —que puede ocultar su carácter de especialista en la Revolución Francesa— sobrevalúa el precedente francés, aunque teóricamente no desconoce que “Octubre del ‘17” es “una total novedad”. De todos modos insiste en que la comparación será cada vez mayor aun cuando las diferencias se acentúen bajo Lenin. Allí retoma su *leit motiv*: “sin embargo, todo cambia si consideramos Octubre a la luz del desarrollo de la Revolución Francesa” (pág. 92). Según el historiador francés así reintegra la historia rusa a la matriz occidental, omitiendo la significación de su referencia marginal al populismo ruso recientemente citada.

Para el autor, Lenin asumió el vacío dejado por la Francia revolucionaria, en el desarrollo del progreso humano-revolucionario. Una vez más es el mito de la revolución internacional. Lo ratifica cuando afirma: “no creo que antes de nuestro siglo existan otros ejemplos de este ascenso súbito de una nación en el imaginario colectivo de los hombres, de la situación de país atrasado a la condición de Estado-faro” (pág. 91).

Estas ideas resurgen en otros párrafos significativos entre los que hemos seleccionado a manera de ejemplos para nuestra argumentación: “Privado de Dios nuestro tiempo ha divinizado la historia como el advenimiento del hombre libre. De esta historia convertida si no es sustituto de salvación al menos en lugar de reconciliación del hombre

consigo mismo, el momento mitológico por excelencia ha sido la Revolución de Octubre. Para comprobarlo no hay más que ver la rapidez con que Octubre eclipsó a Febrero, la lentitud con que el mito de Octubre cedió ante la evidencia de los hechos” (pág. 91). “...La izquierda europea ve la Revolución Rusa de 1917, menos como rusa que como revolucionaria” (pág. 93). Lo concibe como la “fidelidad” a la idea revolucionaria. Y esa fue la imagen que nos legó la historiografía “izquierdizante” de la post-guerra. Para ellos sólo importaba su universalidad. Los ideólogos (que merecieran importantes aportes como *El opio de los intelectuales* de Raymond Aron o *La decadencia del intelectual* de Thomas Molnar) no dudaban que ésta era La Revolución.

Para ellos “gracias a Lenin, la Revolución rusa ha dejado su alejamiento ruso, se ha entroncado en el precedente jacobino y se ha reintegrado a la historia universal” (pág. 95)... “Octubre relega a Febrero en su particularidad rusa y acapara en su provecho el universalismo revolucionario” (idem). Era la reaparición de la vieja meta de construir la sociedad nueva. Además Octubre agregaba a la cansada generación de post-guerra al concepto de revolución el de paz. Y esta vez los herederos rousseauianos del romántico socialismo utópico no iban a dejar que se les esfumara nuevamente.

Ellos estaban convencidos de que si la Revolución — iniciada en el eslabón más débil del sistema— no se extendía por toda Europa, perecería. Y trabajaron denodadamente para extenderla en nombre de la utópica paz. Entretanto en Rusia se desarrollaba el Gulag. La Revolución de Octubre se convirtió en un mito que —como tal— no era analizado racionalmente, sino movido sentimentalmente.

Furet no duda que “la Revolución bolchevique de octubre de 1917 adquirió en los años de la posguerra inmediata la categoría de acontecimiento universal. Se inscribió en la filiación de la Revolución Francesa como parte del mismo orden, inaugurando una época de la historia de la humanidad. Pese al carácter inverosímil de su cuna, colmó un anhelo de la cultura política europea inseparable de la Revolución Francesa: el advenimiento de una sociedad soberana sobre sí misma por la igualdad al fin conquistada para sus asocia-

dos. Anheló alimentado por la escatología socialista a lo largo de todo el siglo XIX y que recibió renovada fuerza de la desdicha de los pueblos durante la Primera Guerra Mundial. El privilegio de universalidad del bolchevismo proviene a la vez de la tradición revolucionaria de Europa y de la situación excepcional que se vivió en 1918-1920" (pág. 113).

Sin lugar a dudas la Rusia de Lenin se convirtió en un símbolo y aglutinó a su alrededor un mundo de admiradores y fieles. Más tarde —convertida en religión secular— acentuará la creencia (fe) y finalmente, llegará el desencanto. Precisamente ese es el tema del siguiente capítulo, titulado *Creyentes y desencanto*. En él se analizan las características "religiosas": dogmas, herejías, creyentes, la ortodoxia del Jefe... y la posterior desilusión. Furet estudia el pensamiento y las actitudes de algunos de los primeros desencantados: Pierre Pascal, Boris Suvarin —al cual dedica varias páginas durante toda la obra—, Victor Serge y la discutida actitud de Georgy Lukács, el que siempre retorna. Entre los autores importantes —quizás ajenos a su óptica— omite, entre otros, a Berdiaeff.

Un cambio significativo —aunque no suficientemente acentuado en la obra— se produjo con la llegada de Stalin. Para el ex seminarista georgiano "se acabó el tiempo de las controversias sobre los textos de Marx y de los debates doctrinales sobre la naturaleza de las relaciones entre el Partido y la clase obrera. En adelante el partido es un clero reunido en torno de una Iglesia" (pág. 156). A su vez la guerra le ayudó a hacerse chauvinista.

Para justificar el sistema había que crear enemigos para vencer: a los "desgastados" burgueses seguirán los kulaks —sus sucesores rusos—, cuya destrucción masiva (genocidio) en la colectivización de los campos" fue un acto sin precedentes históricos a nivel mundial y que apuntaba a lograr el hombre nuevo; la utopía posible. Todo ello —los Gulag— se realizó ante la indiferencia —y aún los aplausos— de la intelectualidad occidental, preocupada únicamente por las matanzas nazis de judíos.

En el "clima anti-fascista" que se respiraba en Europa "como no se puede dar crédito a los escritores de derecha —con demasiadas prevenciones—, ni a los social-de-



mócratas —hermanos enemigos—, ni a los antiguos comunistas —demasiado decepcionados—, la Unión Soviética adquiere una especie de invulnerabilidad histórica” (pág. 165). Supo “mitologizar” su propia historia y, pese a sus desmanes, “su imagen se engrandeció en la imaginación de los contemporáneos en el momento de sus peores crímenes, de modo que el misterio de esta fascinación se ha vuelto más denso, en lugar de disiparse” (pág. 171).

Coincidimos con Furet cuando observa que “jamás un dictador había tenido un poder tan grande en nombre de una mentira tan completa, y sin embargo tan poderosa, sobre las inteligencias” (pág. 173).

El período de entreguerras —fomentado por los viajes a la U.R.S.S. organizados al estilo de las casas de Potemkin de Catalina la Grande— acrecentaron el prestigio entre la intelectualidad europea y ayudaron al enamoramiento por la planificación soviética que fascinó al propio Roosevelt, que llegó a aplicarla en parte. Europa y Norteamérica sucumbieron una vez más ante la creencia que se podía organizar la felicidad mundial. (Cfr. Rousseau o Fukuyama.) El papel y la responsabilidad que en ello les cupo a H. Wells, los Webb (los fabianos), Aldous Huxley o aun Bernard Shaw son más que conocidos y se agregan a la intelectualidad francesa de “izquierda” que como Rolland, Málraux, Gide, Guéhenno, Aragón, Nizan, Barbusse, los alemanes Heinrich Mann y Bertold Brecht y los rusos Ehrenburg y Alexei Tolstoi, admiraban y adulaban a Stalin, el “nuevo Pedro el grande” (e Iván el temido).

Los pensadores actuales, en gran medida influidos por la Escuela de Frankfurt, interpretaron el fenómeno stalinista en el contexto más amplio del totalitarismo, aunque su argumentación partía del fascismo. Tal el caso, entre ellos de Franz Neumann o Hannah Arendt, aunque ya Kautsky comparaba al comunismo stalinista con el nacional-socialismo. Es indudable que a sus contemporáneos les costó comprender el carácter único y monstruoso de Hitler y de Stalin. Y aún nos cuesta. Sus intérpretes no dudaron que ambas ideologías en acción interactuaban por rechazo o por pánico y ambas querían construir un hombre nuevo y un orden nuevo.

Pero más allá de ello “hay un rasgo común que emparenta a las tres grandes dictaduras de la época: su destino está supeditado a la voluntad de un solo hombre. Obsesionada por una historia abstracta de las clases, nuestra época ha hecho todo por oscurecer esta verdad elemental” (pág. 193). Esta realidad más que evidente quedó oscurecida por el predominio de una escuela histórica “social” que durante décadas desmereció —por no decir negó— las individualidades y las ideas, desdibujando —cuando no ocultando— el papel del voluntarismo político y de una “religión del poder” totalmente a-moral. En última instancia, stalinismo y fascismo fueron un culto desnudo a la fuerza y al poder.

También ayudó a ello una excelente campaña destinada a bloquear el avance de Hitler e identificar el ser antifascista con ser comunista, especialmente aprovechando el “odio al burgués”. De paso “se desviaba la mirada hacia Alemania”. Aquí resulta de interés rescatar la apreciación de Mounier cuando observa que fascismo y comunismo tienen similar base de prestigio: la voluntad contra el determinismo económico.

La causa anti-fascista —y antigermana—, no por casualidad, fue encabezada por los franceses y ayudó a la organización —con apoyo del Komintern— de un Frente Popular. Paralelamente el stalinismo era asimilado, interpretándolo en lenguaje jacobino. “La izquierda francesa no tiene que ir muy lejos a buscar un nombre en su tradición para bautizar a una nación que intenta construir un nuevo orden social y que debe defenderse contra las potencias reaccionarias, a saber: democracia revolucionaria” (ág. 275).

Este papel “salvífico” fue acentuado con la guerra de España, en la que Stalin defendía su expansionismo político mientras la izquierda europea idealizaba una ayuda desinteresada. Furet acierta cuando habla de una “leyenda de la guerra española”, que nos trae a la mente la “leyenda negra” del siglo XVI, leyenda que —mitad verdad, mitad mentira— se transmite a gran velocidad y sin necesidad alguna de confirmación. Es nuevamente Furet quien afirma que “de esta época data el velo de silencio y de mentira que recubrirá a lo largo de todo este siglo la historia de la guerra de España” (pág. 302).

De este modo “desde 1918, el pretexto de las circunstancias había servido para idealizar el carácter de la Revolución Rusa. A mediados de los años treinta, el papel es renovado, en un escenario mucho más vasto, debido a la amenaza del nazismo” (pág. 274), a la vez que esta excelente campaña de antifascismo “les ha permitido a los comunistas recuperar los galones democráticos sin tener que abandonar nada del acervo de sus convicciones” (pág. 260).

Una vez más las ideologías y las utopías chocaron con la cruda realidad y el “munto anti-fascista” —con todo el tinglado armado por el Komintern— se estremeció hasta la médula cuando Stalin negoció con Hitler, repartiéndose Polonia. Bien expresa Furet que “el brusco viraje soviético de agosto cayó como un rayo sobre la opinión democrática” (pág. 375) y produjo el primer gran descrédito del comunismo —justificado como táctica stalinista— y colocó en un papel más que difícil a los Frentes Populares y al mismo Komintern, que debió ser disuelto (o cambiado de disfraz).

Pero repentinamente la invasión (alemana) del 22 de junio de 1941 transformó al verdugo en víctima. La reacción nacional-popular rusa resucitó su ancestral patriotismo ortodoxo-ruso (y de Occidente). No debemos olvidar que fue Hitler quien colocó a la U.R.S.S. al lado de las democracias anglosajonas en defensa de la libertad y le permitió participar de la victoria de 1945, que borró —o lavó— su pasado. Así, el comunismo ganó la guerra y la comprometida imagen de la Unión Soviética “nunca ejerció una seducción más poderosa que en esta época, cuando se vio engalanada con todo el prestigio de la fuerza y de la idea (pág. 399). Resucitó la idea revolucionaria con toda su fuerza y su atractivo mítico. “Hitler habría sido el autor involuntario del formidable aumento de la potencia material y de la fuerza imaginaria del comunismo” (pág. 400).

Gracias a la guerra, el comunismo —más exactamente disfrazado bajo su expresión patriótica rusa— caló hondo en los corazones de la humanidad y por obra de sus interesados aliados logró recubrirse con “los colores de la democracia”, avalados por los juicios de Nüremberg, que la U.R.S.S. fomentó y participó. Ahora quedaba clarísimo para la opinión pública internacional de qué lado estaban el bien y el

mal. A su vez, todo Occidente colaboró en mitificar el “peligro fascista” —que aún subsiste— y que sirvió para disimular la naturaleza interna del régimen soviético y ocultar sus “matanzas”. Entretanto el anti-fascismo pasó de ser solamente anti-nazi a adquirir características de anti-burgués y anti-capitalista.

Al concluir la guerra, la U.R.S.S. ya no tenía competidor anti-occidental en Europa (y luego tampoco en el Tercer Mundo). Por ello coincidimos con Furet cuando agrega que “el fin de la Segunda Guerra Mundial es una victoria política de la idea comunista, aún más que de la idea democrática” (pág. 406).

El triunfo del odio al dinero y al capitalismo —que unió izquierdas y derechas en entreguerras— quedó limitado a la U.R.S.S. Una vez más las *intelligentzias* adoptaron el modelo comunista (no el modelo liberal-capitalista representado por U.S.A.), fortalecido por la desmentida del optimismo progresista liberal-capitalista que significó la propia guerra (el trágico fin de la *belle époque*). “Esta teología complace a los intelectuales como una confirmación de la predicción leninista sobre las crueldades inseparables de la etapa superior del capitalismo” (pág. 409), que interpreta claramente su significado del fracaso de la idea iluminista (o de la Modernidad, hoy puesta de moda por los post-modernos).

La post-guerra fue un breve período “durante el cual el comunismo soviético ejercerá su máxima fascinación sobre la imaginación política de los hombres del siglo XX” (pág. 410) y duró hasta 1956, fecha de la “confesión de Kruschov”. A su vez consagró la decadencia de Europa y marcó el fin de la política del “equilibrio europeo”, también instaurada con la Modernidad.

El juego ideológico del comunismo fue tal que “en Europa central y oriental, la derrota de Hitler pone al descubierto la verdad del comunismo, en Europa occidental refuerza la ilusión” (pág. 437). En ambos casos aprovecha los sentimientos anti-nazis y anti-alemanes. El interrogante obligado de nuestros días radica en el futuro: Rusia está en plena decadencia y Alemania resucita y avanza hacia un nuevo *Drang nach Osten* (ver nuestro *Hacia el cuarto Reich*,

en *La Nueva Provincia* del 10-III-1990). ¿Quién ocupará el eternamente trágico vacío de la Mitteleuropa?

En el capítulo denominado *El principio del fin*, Furet estudia la muerte del Guía y sus implicancias. Su primera — y acertada — conclusión fue la reiterada demostración que — pese a tanta socialización — una vez más todo dependía de un solo hombre. En otro aspecto se repetía la centralización excesiva de los Zares y se explicaba inconscientemente la causa de la caída del poder central, por la ausencia casi total de estamentos intermedios.

Para el autor, en el período conocido como la Guerra Fría, “el pacifismo no ataca de frente, como lo hiciera en la Europa posterior a Versalles, las pasiones nacionales ni las virtudes militares; ofrece, en cambio, un amplio asilo a las opciones políticas más diversas, que van desde la solidaridad incondicional a la Unión Soviética hasta lo que el pacifismo pueda tener de inocente, pasando por todos los matices de hostilidad a los Estados Unidos. Esta vez reviste al activismo revolucionario con el ropaje de los buenos sentimientos” (pág. 459).

El informe “secreto” de Kruschov de febrero de 1956 desnudó aspectos importantes de la realidad del sistema y con ello lo desacralizó o desmitificó en parte. Su intención de “dar aire” al sistema político —no a la ideología y Furet no se equivoca al no distinguirlas— produciendo la reforma desde adentro sólo generó reacciones “democráticas” que amenazaron con desquiciar todo el sistema. La nomenklatura vislumbró y previó el caos —lo que no pudo hacer la corrupta gerontocracia de la época de Gorbachov— y detuvo a tiempo los cambios, aún a costa del futuro de Kruschov.

Al permitir la crítica al régimen desde adentro del Kremlin cayeron el temor y la fe —que eran los pilares que sostenían al régimen—, produciendo las rebeliones en la Europa central, activadas por la hasta entonces inexistente opinión pública. El dique se fisuró y el sistema comenzó a hacer agua.

El comunismo —que el autor no distingue del marxismo-leninismo— comenzó a resquebrajarse con las primeras escisiones —¿herejías?— (Tito, Mao): dejó de haber un único centro (Moscú). Luego vendrá Varsovia, Budapest, Praga...

“La idea comunista está en su cénit en Roma o en París en el momento en que en Varsovia o en Budapest da visos de no ser más que la máscara de la opresión rusa” (pág. 479).

Los habitantes de las restantes naciones bolchevizadas vieron “en el bolchevismo vencedor, al finalizar la guerra, la esperanza nacional y la emancipación social; pero en el bolchevismo reinante esos jóvenes ven, pocos años después, sus patrias subyugadas por el Ejército Rojo y sus asociaciones vigiladas por la N.K.V.D.” (pág. 520). La nomenklatura no apreció que “esos jóvenes no pretenden volver al pasado y salvar no se sabe qué. Lo que quieren es salvar la idea socialista del naufragio al que la ha arrastrado la historia de la U.R.S.S., así como renovar el espíritu de Octubre para oponerlo a la tiranía que él mismo engendrara”. Aquí termina realmente el libro, pero se equivoca Furet —como señalaremos más adelante— cuando —como Fukuyama, pero desde otro extremo—, cree que aquí termina esta historia.

No nos caben dudas que, aun a costa de dejar el lastre marxista-leninista-soviético, la idea socialista-comunista tratará de subsistir... y lo logrará hasta reaparecer, en otro contexto y bajo otras formas (véanse las interesantes reflexiones del matemático ruso Igor Chafarevich en *El fenómeno socialista*. Madrid, EMESA, 1978) en la medida que el igualitarismo forma parte de las eternas apetencias utópicas y míticas del ser humano.

En las páginas del epílogo —y aparentemente escritas con rapidez después de entregar el libro a la imprenta— el autor rescata el papel de la intelectualidad en el intento de reforma de Kruschov, afirmando que esa misma oposición —y apoyo— persistirá con Gorbachov. Este aspecto nos parece de gran importancia para un futuro análisis de las líneas ideológicas de oposición o reformistas para una historia de la ideología comunista. Stalin —consciente del peligro de las ideas— eliminaba a los intelectuales, pero sus sucesores más humanitarios prefirieron expulsarlos a Occidente (Zolzenitsin, Sájarov) y desde allí éstos trabajaron hábilmente para la desmitificación del sistema.

Para Furet, Kruschov intentó redefinir el “campo socialista” sobre esas bases de mayor amplitud, y lo hizo al paso de una trivialización de la ideología, el cual tuvo que pagar

de antemano en el XX Congreso" (pág. 554). En cambio, "Mao combate a la U.R.S.S. con el lenguaje que ésta inventó, y él lo desacredita, a su vez, pretendiendo hablarlo mejor" (pág. 555).

El autor sostiene atrevidamente que la idea comunista murió con Kruschov y que su sepelio duró treinta años en manos "de una burocracia de ancianos corrompidos" (pág. 553).

Para él fueron los "nuevos filósofos" franceses —como André Glucksman o Bernard-Henry Lévy—, quienes —tras la experiencia del '68— "acabaron con la inmunidad del comunismo otorgando por fin el derecho de ciudadanía al concepto de totalitarismo aplicado a la historia de la Unión Soviética" (pág. 561).

Furet no vacila en escribir que "la manera en que se llevó a cabo el proceso de descomposición de la Unión Soviética, y después de su Imperio, sigue siendo un misterio. Es difícil precisar la parte que en ello desempeñaron los designios humanos. Más fácil es establecer el papel de los factores objetivos (carrera armamentista, incapacidad de satisfacer las necesidades elementales)" (pág. 565)... "Los individuos acaso podían vivir un poco mejor que en el pasado —lo que no es mucho decir—, pero el régimen se quedaba sin aliento: el partido estaba gangrenado por la corrupción; por doquier se veía el cinismo, la embriaguez y la pereza. La vulnerabilidad particular de un sistema de partido único omnipotente que impera sobre la sociedad causó este desplome general, producido por el del partido" (pág. 566). Creemos que tal misterio se debe en gran medida a la rapidez en enviar a la prensa este interesante ensayo, apuro que no le permitió un cuidadoso y meditado estudio de la realidad, despegado de la Revolución Francesa, cuya sombra oscurece, en parte, todo el trabajo, sin perjuicio de alumbrar algunos aspectos parciales sumamente importantes.

Entre sus escasas —y muy generalizadas— referencias al verdadero proceso de caída —bajo Gorbachov— sobresalen el comentario que "las cosas resultaron de otra manera, porque los mandos no respondieron... Sin duda, aún es demasiado pronto para saber exactamente lo que Gorbachov quiso hacer. La única respuesta segura a esta interrogación

es que no quiso hacer lo que hizo, pero no hay ninguna razón para suponer que Gorbachov haya sido un anticomunista disimulado, o siquiera un mal comunista, tanto antes como después de su acceso al poder" (pág. 567)... "Lo más notable de la historia no es, por cierto, que Gorbachov haya querido infundirle un nuevo aliento a la idea comunista; lo pasmoso es que Occidente le haya creído bajo palabra y se haya entusiasmado por él" (pág. 568)... "Lo que en la primavera de 1968 se llamó en Praga 'el socialismo con rostro humano' queda encarnado, en adelante, por la nación-madre del comunismo" (pág. 568)... "Pero su último dirigente, detestado en Rusia, sigue siendo adorado hasta el fin en Occidente, que no se resigna a su caída, ya que ésta entraña también, por fuerza, el fin de la ilusión que ha colmado el siglo" (pág. 569). Hoy en día son éstas verdades mundialmente aceptadas.

Furet concluye: "No digo que dada la forma en que ha muerto, la idea comunista pueda renacer. No cabe duda que la revolución proletaria, la ciencia marxista-leninista, la elección ideológica de un partido, de un territorio y de un imperio han agotado sus posibilidades con la Unión Soviética. Pero la desaparición de esas figuras familiares de nuestro siglo sólo pone punto final a una época, más no agota el repertorio de la democracia" (pág. 571). Pensamos que tampoco del comunismo. Furet estudia el pasado de una ilusión pero no parece percibir el significativo peso de la ilusión de un pasado, la eterna utopía del "paraíso terrenal", que como las múltiples cabezas de la Medusa, puede reverdecer en cualquier momento.

Creemos que Furet —así como critica el optimismo liberal de Fukuyama— confunde la caída o desintegración del imperio soviético (no de Rusia hoy en pleno renacimiento expansionista en Bielorrusia) con la desaparición de la idea comunista (que no es la marxista-soviética); ésta es tan antigua como la reflexión política (por lo menos desde los griegos) y dado su carácter puede regresar camuflada, especialmente en el peligroso contexto mítico de una "teología política" latinoamericana (como el caso de Chiapas). Hace setenta años el comunismo —percibido como mito igualita-



rio— fue esperado y recibido como una liberación y lamentablemente nada nos preserva de que ello se repita.

Es cierto que nadie muere por el materialismo dialéctico, pero muchos están dispuestos a seguir luchando hasta con su vida por la igualdad social, sea en su versión de las bienaventuranzas o del manifiesto. Olvidarlo, por un prejuicio evolucionista, puede significarle a Occidente un costo muy caro. Es un error creer que han muerto las ideologías, se han tornado light y están disfrazadas de confort, entretanto reagrupan bajo superficie sus fuerzas para seguir dominando al mundo. Por ello advertimos el peligro que el pasado de una ilusión de Furet, cuyo título del libro parece tener mucho que ver con su propia experiencia —o su propia ilusión— ya que él mismo fue comunista en la década del 50, como la mayoría de la intelectualidad francesa de la época, se pueda convertir en la ilusión de volver al pasado, que no será exactamente igual, pero tampoco tan distinto.

Al concluir su lectura nos queda la sensación que el libro deja más preguntas que respuestas. Pero ello es muy válido, especialmente —como decíamos al comienzo— cuando se trata de aquellos temas que merecen una profunda reflexión.